

CRÓNICAS DE UN PADAWAN Pedro L. Toledo



De los capullos, digo las crisálidas

Todos sabemos que una oruga no puede pasarse toda la vida metida en el capullo. Puedo prometer y prometo y hasta puede que lo cumpla, que no pienso en nadie en el momento de escribir capullo, aunque cada cual fácilmente evocará en su mente a multitud de ellos.

Pero volviendo a la oruga, nuestra situación como país es muy parecida a la misma. Podemos datar nuestro nacimiento como estado moderno, una vez que salimos del franquismo. Poco a poco nos fuimos desarrollando, nos dotamos de una Constitución, de un estado autonómico, de unos Pactos de la Moncloa (auténtico referente, que en mi opinión deberían ser desenterrados a día de hoy), vivimos el primer Gobierno de izquierdas, primer impulso económico, crisis hacia el año 92, nueva alternancia en el Gobierno, tiempos del "Españavabien", dolor y rabia en el 11-M, tiempos del "talante" y zas pinchazo de la burbuja y el chirringuito que se nos desmorona.

En este momento, estamos dentro de su crisálida (aunque técnicamente no es lo mismo capullo que crisálida, lo usaré indistintamente, puesto que queda más "guachy" crisálida y además no se suele usar como insulto o denominación) intentando reabsorber nuestros órganos juveniles, para desarrollar los de un ser adulto.

Ahora bien, hay algunas diferencias, una oruga cuando está en ese estado sésil, que se llama diapausa (pedazo de palabreja, en mi pueblo también la podríamos usar como usamos capullo: ¡Diapausa, que eres un Diapausai!) no consume alimento alguno y está en estado de total inacción. A cambio, cuando finaliza su metamorfosis y se carga el capullo, sale con otras características distintas, que le permiten afrontar esa nueva parte de su vida. Qué tentación ieh!: cargarse a un capullo y cambiar de características, para afrontar una nueva vida.

Sin embargo, nuestro país, no puede permanecer en estado de total inacción e inacción. La metamorfosis, no debería pasar por amputar todos los miembros del Estado y dejarlo sumido en la nada. Más bien, debería pasar por eliminar todos aquellos miembros que no nos vayan a servir para adaptarnos al nuevo entorno. Eliminar el resto, sería como aquel que tiene sobrepeso y en lugar de eliminar la grasa de las cartucheras, se corta un brazo.

Podemos cortarnos los brazos que queramos (o que quieran). Podemos tomar un camino que nos lleve a ser un país de playas a rebosar de estudiantes nórdicos o británicos en lamentables condiciones éticas. Podemos tomar un camino que nos lleve a ser un país que intenta competir con salarios con China o con Asia. Un camino que nos lleve a ser un país sin cultura, un país que cambia el ibérico por la hamburguesa.

O, por el contrario, podemos tomar un camino que nos lleve a ser un país con el control de sus acciones. Un país que lo pasará mal tratando de salir de su capullo (no pienso en nada ni en nadie), pero que una vez fuera, verá la luz al final del túnel y esa luz, no será la de un camión que viene en sentido contrario. Y a día de hoy o tomamos el control con un acuerdo entre todos, o ese camión en forma de "troika" vendrá hacia nosotros, cargado de billetes de 5 euros, para vendérselos a 8. Que la fuerza os acompañe.

EL BALCONCILLO

Javier del Castillo



No hace falta

Pues no. No hace falta que el Gobierno nos recuerde cada día que España no necesita ser rescatada, ni mucho menos que somos nosotros los que vamos a tener que rescatar a Europa. Es tan evidente ese rescate que los dirigentes europeos están estudiando ya la fórmula para que afecte lo menos posible al déficit público.

Tampoco hace falta que Rubalcaba ofrezca cada mañana apoyo y colaboración al Gobierno de Rajoy, mientras le pone a parir a las primeras de cambio y su grupo parlamentario vota en contra de cualquiera de las iniciativas que salen de Moncloa. Una cosa es predicar unidad frente a la crisis y otra muy distinta arrimar el hombro con el fin de sacar a España adelante.

No, no hace falta que Cristóbal Montoro insista tanto en que somos Europa. Eso es evidente, pero no arregla el problema, al menos por el momento. Tampoco lo arregla esa manía tan española de culpar al Gobierno anterior de todos los desastres actuales.

Ya está bien de mirar por el espejo retrovisor y de recordar la desgracia que ha supuesto para España el tener que aguantar durante casi ocho años la demostrada incompetencia de Rodríguez Zapatero. Ya va siendo hora de que cada palo -y lo digo por Mariano Rajoy- aguante su vela. Los errores del pasado no pueden seguir siendo el problema, ni justifican la improvisación del actual Gobierno. Hay que olvidarse ya de las luces traseras y pensar en poner las largas para sortear los problemas que tenemos a bordo de un vehículo que, dicho sea de paso, no inspira demasiada confianza. Al menos en los mercados extranjeros.

No, por favor. Tampoco sigan ustedes mirando de reojo al bolsillo de los funcionarios cada vez que haya necesidad de dar una vuelta de tuerca más a los recortes. Miren mejor a los bolsillos de algunos banqueros y de las grandes fortunas que siguen evadiendo impuestos. O a esos sectores de la economía española que piden ayudas y subvenciones, como si sólo a ellos les afectara la crisis. Los beneficios se los reparten siempre unos cuantos y los sacrificios los soportamos quienes vivimos de una nómina, especialmente aquellos cuyo patrón es el Estado.

No hace falta tampoco que el presidente del Consejo General del Poder Judicial y del Tribunal Supremo, Carlos Dívar, se esfuerce en convencernos de su ahora cuestionada honorabilidad. Lo único que le pedimos es que se marche cuanto antes. Así podrá disfrutar mejor de su tiempo libre, sin necesidad de tener que sacrificarse tanto por nosotros durante los fines de semana de trabajo en Marbella, a costa del dinero del contribuyente. Eso sí, cobrado por su señoría "religiosamente". Tampoco se preocupe por el daño ocasionado a la justicia, pues llueve ya sobre mojado.

Aunque la credibilidad de las más altas instituciones esté bajo mínimos -monarquía, parlamento, poder judicial y Banco de España son algunos ejemplos-, siempre nos quedará Rafael Nadal y la selección española de fútbol.

Cuando Vicente del Bosque se lamenta de lo poco que valoramos los españoles lo que tenemos, tiene más razón que un santo: ni antes éramos tan ricos ni ahora somos un desastre.

No hay que ser muy listo para darse cuenta, definitivamente, de que somos lo que somos y tenemos lo que nos merecemos. Pues eso.

TORRE DEL GALLO

Javier Sanz

La Villa y Recorte de Madrid

Doña Ana Botella, esposa de Aznar y alcaldesa de Madrid -así está el patio-, ha lanzado un globo-sonda, o no, sobre la recogida de basuras en la capital. Ella, tan limpia, tan acicalada, tan peinada como en aquel célebre reportaje en que dos coches oficiales la acercaban a la pelu, ha recordado al personal que no en todas las ciudades europeas se recoge la basura a diario y que aquí podría hacerse lo mismo. Probablemente habrá que cambiar del escudo de la Villa y Recorte al oso, que jala como lo que es, por un gorrión, que le sobra con picotear los madroños.

El PP está empeñado en europeizarnos a la baja, esto es, tomando como modelo lo más deficitario de los países de nuestro entorno, y así la educación o la sanidad, excelentes hasta ahora en nuestro país, descenderán varios escalones -a las públicas me refiero, evidentemente- toda vez que las recortan con tijeras no de manicura sino de poda. Ahora, dice ella, tan limpia, tan acicalada, tan etcétera, le toca el turno a las basuras. Ella, que no echa en la misma bolsa las mondas de las peras y las de las manzanas porque no se pueden mezclar, ¿tendrá espacio en su pisito para tanta bolsa? Piénselo dos veces, por favor, casi habíamos olvidado aquella denominación de Tip: "El oso y el mierdoño" y nos habíamos acostumbrado a ciertas higienes. Física y, sobretodo, moral.